

## Destiempo y contratiempos<sup>1</sup>

El libro de Josefa Ruiz Tagle *No dijeron muerte. Hijos de detenidos-desaparecidos y ejecutados políticos en Chile*<sup>2</sup> se abre con las siguientes preguntas: “¿Se parecen a mí? ¿Cómo habla la hija de un ejecutado político? ¿Hay algo que nos delate? ¿Nos persiguen los mismos fantasmas? ¿Compartimos un tono emocional? ¿Qué nos separa? ¿Hasta qué punto mi experiencia es única y de qué manera es colectiva, social?”<sup>3</sup> Estas preguntas que se dan vuelta en la cabeza de la autora conforman el trayecto editorial de un libro que va desde el silencio en torno a la violencia padecida durante la dictadura a la posterior toma de la palabra y, luego, a la circulación pública del recuerdo editorializado: un trayecto “sujeto a la metamorfosis y las inclemencias del tiempo”<sup>4</sup>, cuya secuencia biográfica incluye generacionalmente a J. Ruiz-Tagle, hija de un ejecutado político, aunque el relato personal de la autora se encuentre públicamente omitido de la serie de rememoraciones que se desencadenan en el libro. Es como si el vacío de la falta de recuerdos personales que la desposeen a ella de una memoria viva de la infancia con su padre (muerto cuando tenía apenas ocho meses),<sup>5</sup> debiese ser rellenado por las evocaciones de otros que hacen de pasadizos, armando transferencias y relevos en esta cadena horizontal de memorizaciones compartidas que alternan semejanzas y disimilitudes.

Un primer acercamiento al libro de J. Ruiz-Tagle nos señala que el tratamiento que la autora eligió darles a los recuerdos de sus entrevistados es el de la constelación narrativa: la de una red descentrada de voces que entrecruzan sus relatos biográficos, sin que la unidad del conjunto borre la discontinuidad de los fragmentos. La autora

---

<sup>1</sup> Este es una versión ampliada del texto que leí en la presentación de *No dijeron muerte*, el 19 de octubre de 2024 en el Museo de la Memoria y los Derechos Humanos.

<sup>2</sup> Ruiz Tagle, Josefa. *No dijeron muerte*, Saposcat, 2023.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 11.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 320.

<sup>5</sup> Vale la pena recordar que Josefa Ruiz-Tagle tenía apenas ocho meses cuando la dictadura de Augusto Pinochet asesinó a su padre, Eugenio, el 18 de octubre de 1973. Dice la autora: “El impacto no fue el mismo en quienes crecieron con sus padres que en aquellos que crecimos sin recuerdos, con leyendas”. *Ibid.*, p. 16.

introduce el libro, explicitando su *mecánica de producción*. Describe cómo fue armando su listado de posibles entrevistados para, luego, concertar una cita con ellos e ir a grabar sus testimonios anunciándoles lo que vendría después:

Les cuento luego del libro que tengo en mente y de cómo será construido, que será una mezcla entre periodismo y literatura, que de las muchas tramas que aparezcan escogerá algunas, las que me interpelan, las que regresen en medio de la noche, las que me hablen de verdades difíciles, las que me hagan sonreír o llorar, cuestionar el presente o revisar viejas ideas. Les advierto que en este ejercicio introduciré inevitablemente mi visión, que las palabras serán suyas, pero el énfasis, el orden, el contexto dentro del libro, me corresponderán a mí.<sup>6</sup>

¿Por qué es relevante que un libro de memorias y sobre la memoria parta hablando de técnicas, procedimientos y montaje? Para disipar la ilusión de que la memoria es el simple reflejo de un *ya sido* del pasado que se transmite desde la inmediatez de la experiencia como fuente incuestionable de una verdad superior del padecimiento de la víctima. Deberíamos saber que “no hay testimonio sin experiencia, pero *tampoco hay experiencia sin narración*; el lenguaje libera lo mudo de la experiencia, lo redime de su inmediatez o de su olvido y la convierte en comunicable”,<sup>7</sup> es decir, en fuente de emisión verbal y en material de consulta pública. El traslado del sentido y de los sentidos entre vivencia y narración ocurre mediante una *puesta en relato* del pasado que introduce recortes y divisiones para separar los distintos estratos que lo componen, interrumpiendo así el flujo de continuidad del vínculo temporal entre pasado y presente. El libro de J. Ruiz Tagle exhibe lo entrecortado del traslado de la memoria, que pasa por saltos y baches durante su ejercicio de recomposición, desmintiendo así la literalidad de un recuerdo que estaría inmediatamente disponible para ser transmitido tal cual. No se trata, para la autora, de acceder a la verdad monolítica de la memoria histórica y política de la dictadura, tal como buscan ritualizarla las ortodoxias de izquierda. Al contrario, J. Ruiz-Tagle dibuja una zona móvil

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 13.

<sup>7</sup> Sarlo, Beatriz. *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Siglo veintiuno editores, 2005, p. 29. Las cursivas son mías.

de brechas e intersecciones entre hablantes en la que se insertan los recuerdos fragmentarios de sus entrevistados de un modo plural y transitivo, dialógico, intersubjetivo. Lejos de la fantasía de pureza de la verdad originaria de un pasado tal cual que espera ser rememorado mediante la repetición de lo ocurrido, la autora de este libro admite divergencias y contradicciones en la recreación-interpretación de estos pasados singulares: unos pasados dotados de micro-particularidades individuales que rehúsan disolverse en la totalización imponente de un recuerdo histórico que se vea tentado por la grandilocuencia del mito o por la ceremonialidad del rito. Que J. Ruiz Tagle les anticipe a los lectores, en su prólogo, las diferentes modalidades reconstructivas mediante las cuales ella va a elaborar su propia narrativa de la memoria, refuerza la idea de que la aparición del recuerdo no es espontánea sino que va modelando sus contornos según cómo interfieren en su composición los nudos y desenlaces de las interrogantes que cada presente abierto le dirige a un pasado nunca enteramente finalizado.<sup>8</sup>

¿Cuáles son las verdades narradas –editadas– que nos entrega este libro como saldos de la memoria biográfica y colectiva tramada entre quienes son hijas e hijos de padres detenidos-desaparecido y ejecutados políticos? Se relata allanamientos y secuestros y surgen detalles –tortuosos– de las delaciones: “En ese tiempo mi mamá tenía un hombre [...] Estoy segura de que él estuvo detrás también del secuestro de mi madre. ¿ Si no por qué andaba armado? Toda mi familia cree que era un soplón, que fuera responsable al menos de que metiera preso a mi abuelo” (Liseloth Zamora).<sup>9</sup> Se recrea aquellos entornos familiares destruidos por la incertidumbre de no conocer el destino de quienes fueron abruptamente substraídos del universo de los vivos (“Lo único que sabemos con certeza es que nunca vamos a saber la verdad. No sabemos qué pasó ni si lo lanzaron al mar” (María Paz Concha)<sup>10</sup> y se menciona la angustia del toparse

---

<sup>8</sup> Dice J. Ruiz-Tagle: “Me interesa ... más la verdad de la forma del recuerdo, que la de los hechos recordados; una verdad que solo puede perseguirse, pero no alcanzarse ni escribirse en una piedra porque está en permanente mutación; una verdad que puede convivir con la incertidumbre, con la exageración, con el error, con lo obsesivo y elusivo de la memoria.” *Ibid.*, pp. 22-23.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 63.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p 128.

súbitamente con una noticia-montaje cuya versión tergiversada sobre la muerte no hace sino aumentar la confusión:

En la esquina de La Aguada con Missouri, lo bajan y lo acribillan, le dan más de treinta tiros en el cuerpo y lo dejan ahí botado. Un par de personas mira. Al rato llegan ambulancias, llega la TV, llega Canal 13. Pablo Honorato presenta la versión oficial de los hechos: que mi papá había disparado, que los CNI se estaban defendiendo. Veinte años empezamos a saber la verdad de lo que había ocurrido esa noche. De un día para otro, un agente de la CNI se decidió a hablar. Lo habían echado de la institución y quiso hablar más por venganza que por una cuestión moral [...] Y contó todo. Hizo un mapa. Dio los nombres de los agentes (Simón Sobarzo).<sup>11</sup>

Se evoca las militancias de izquierda de quienes lucharon por una sociedad más justa y digna, persiguiendo con valentía el sueño de la revolución socialista:

Mi mamá habla de la UP como el tiempo más feliz de su vida. Eran pobres pero estaban construyendo el país que ellos querían. Construyendo desde las bases, desde las poblaciones [...] Ellos no sentían miedo, luchaban contra la gente que quería destruir esta forma democrática de revolución, la única que se ha dado en el mundo. Fueron parte de hitos históricos no porque fueran los elegidos, sino porque cualquier podía ser parte. Participaron de la construcción de la UNCTAD, pintaron las brigadas Ramona Parra, vieron a Fidel Castro en el Estadio Nacional, escucharon los discursos del compañero presidente (Andrea Recabarren).<sup>12</sup>

Se comenta cómo hijas e hijos vivieron el compromiso político de sus padres, generalmente con admiración pero, también, con algo de resentimiento porque estos padres debieron sacrificar a la familia en nombre de una misión trascendente:

Tengo la impresión de que para la generación de nuestros padres los hijos no eran lo más importante en la vida. Los amaban, pero lo principal, lo

---

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 132.

<sup>12</sup> *Ibid.*, pp 228-229.

trascendente, eran las acciones que podían hacer para cambiar el mundo. Era la época. Mi mamá trató de estar conmigo, lo sé porque me lo han contado otra gente. Pero al final no lo hizo. Después se lo hice pagar con creces (Camila Krauss).<sup>13</sup>

Se alude al comportamiento de estructuras partidarias como las del Partido Comunista, el MIR o el Partido Socialista no solo para describir los laberintos de la clandestinidad sino, también, para emitir juicios críticos sobre sus modos de funcionamiento:

En los relatos que se hacen de estos tiempos suele omitirse la responsabilidad de la izquierda, especialmente del MAPU, del PS, del PC. Fueron muy arrogantes: no se puede llamar al combate sin tener la voluntad real, ni los medios materiales para combatir. Llegaban los trabajadores a las fábricas: “¿Dónde están las armas? Estamos listos. No, no hay (Ernesto Guajardo).<sup>14</sup>

Se revisa los aparatajes que prometían cumplir con sus idearios de la lucha armada y se somete a revisión estos mismos ideales:

Para los hijos, que no conocimos a estos padres, estos eran figuras heroicas de las que estar orgullosos, pero sin materialidad. Por eso yo me preocupo de no crear más leyenda. Sobre todo en torno al MIR... Se pegaron tantas cagadas. Y [...] nunca han sido capaces de revisar su historia. Se ha colgado de puros mitos. Y [...] ¡la noción de traidores! Condenaron a muerte a gente suya porque sospechaban que habían hablado durante la tortura. Una cosa muy brutal (Camila Krauss).<sup>15</sup>

Se reevalúa la promesa universal de la revolución socialista desde el cotidiano de los desequilibrios de género que volvían asimétricas las relaciones de pareja:

Durante la UP, cuando nos fuimos a vivir a El Quisco, se formó un grupo de mujeres socialistas y esposas de militantes. Mi mamá le preguntó a mi viejo si podía participar y él le dijo que no. No hubo permiso. Una cosa era el socialismo y

---

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 57.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 39.

<sup>15</sup> *Ibid.*, pp. 51-52.

otra que su mujer saliera de la casa: el país debía cambiar, pero que no le fueran a tocar el frente interno (Ernesto Guajardo).<sup>16</sup>

Se reseñan las deambulaciones de las madres, esposas, hermanas e hijas por las comisarías, los regimientos y los centros de detención para averiguar algo y, después, los interminables trámites para realizar denuncias y perseguir juicios en los tribunales a través de las gestiones solidarias del Comité Pro Paz y luego de la Vicaría de la Solidaridad:

Luchó tanto y tanto[...] Dejó su vida en la calle. Marcha que había, venía. Desde Vallenar. Si había que presentar diez veces las querellas, diez veces las presentaba. Participaba en las huelgas de hambre. Cuando presentamos la querella de la Caravana, si es que había que ir cinco veces a la semana, las cinco veces estábamos ahí. Si había que ir diez veces, las diez veces estábamos [...] Nunca, nunca dejó de venir a una audiencia . Viajaba, Viajábamos juntas, viajábamos siempre. Hasta que ya no tuvo fuerzas (Rosita Silva).<sup>17</sup>

Se pregunta qué significó el retorno a la democracia en términos de verdad, justicia y reparación para quienes no encuentran consuelo en ninguna de las medidas ofrecidas durante la transición porque nada será nunca proporcional a lo irreparable del daño causado: “Saber que nuestros compañeros lograron una verdad jurídica, Verdad, porque justicia no hay. Una justicia que tarda tanto no es justicia. Nuestras madres ya están muertas. Hermanos, abuelos, padres. Y las condenas que les dieron son inaceptables” (Rosita Silva)<sup>18</sup> o bien: “No puede ser que el 2011 se haya determinado judicialmente la identidad de quienes mataron a mi padre y aún no haya detenidos. Más de cuarenta personas participaron. Sabemos quiénes fueron, cómo lo torturaron, donde murió, quienes lo asesinaron” (Lincoyán Berríos).<sup>19</sup> Se confiesa los dilemas éticos de si recibir o no las indemnizaciones del Estado (“Pero las decisiones no son fáciles. ¿Debería pedir plata? ¿Esto significa ponerle un valor a la vida de mi padre?” [Alejandra

---

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 39.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 31.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 35.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 153.

Parra]),<sup>20</sup> al sentirse desgarrada frente a la tentación de aceptar la oferta de un precio de compensación por la vida raptada porque dicho precio volvería económicamente transable y, por lo mismo, corruptible, la heroicidad del recuerdo intransigente. Se debate sobre la categoría pasiva de “víctima” que busca inocentar al historial de luchas que volvió combativa a la izquierda: “Estoy cansado del testimonio victimizante” (Anselmo Cansino);<sup>21</sup> “No quiero ser su víctima [...] No les pertenezco” (Liseloth Zamora)<sup>22</sup> o bien: “la figura de la víctima está atrapada en un lugar débil, vulnerable, triste, que destruye la agencia y la vitalidad” (J. Ruiz-Tagle).<sup>23</sup>

En varios testimonios de infancia de los hijos de detenidos y desaparecidos y ejecutados políticos que comparten sus recuerdos en el libro, se hace alusión al silencio. El silencio de las familias que buscan proteger a los niños, evitando que se enfrenten a una verdad (la del terror político de la dictadura militar) que no sabrían comprender; el silencio de los niños que, incapaces de procesar emocionalmente el shock de la pérdida de sus padres, sufren un bloqueo psíquico que los hace retraerse, ensimismarse, llegando incluso hasta el punto de no poder emitir sonido: “Algo sucedió con la muerte de mi padre. Hubo un corte, un antes y un después. No hubo palabras. No hubo una palabra que pudiera suturar ese vacío” (Edda Hurtado)<sup>24</sup> ,o bien: “Durante mucho tiempo, no pude hablar, y aún hoy es todo un ejercicio” (Nadia Oliva).<sup>25</sup> Salir del silencio, del enmudecimiento, para hilar nuevamente palabras en una cadena verbal que vuelva transmisible lo que había quedado hasta entonces incomunicado no ocurre sin lapsus ni fallas, sin balbuceos. No podría ser de otra manera ya que el abismo de temporalidad desde el cual emerge el pasado de las víctimas de la dictadura, es una zona llena de roturas, agujeros y perforaciones, de huecos cavados por la sospecha debido a que, entre otros motivos, los responsables de los crímenes de lesa humanidad

---

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 111.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 79

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 63.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 19.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 68.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 174.

“no dijeron muerte” (tal como lo recuerda el título del libro) para delimitar de una vez por todas una frontera nítida entre seguir existiendo y haber dejado de existir.

Pero hay otro silencio que pesa sobre el recuerdo de la dictadura: el de un pacto transicional que confió en la pasividad de una ciudadanía distraída por las estéticas mediáticas y publicitarias del consumo neoliberal. Un silencio político y social que relegó el recuerdo del pasado siniestro a confines subjetivos, para que la incomodidad de su memoria insatisfecha no inquietara la normalidad político-institucional de la razón gubernamental aplicada por el dispositivo de la transición. Es cierto que existieron el Informe Valech y la Comisión Rettig, la Mesa de Diálogo. Los testimonios que contienen el libro sobre cómo se vincularon con estas instancias los familiares de detenidos-desaparecidos y ejecutados políticos son elocuentes respecto de sus expectativas, frustraciones y decepciones: “Cuando fue lo del Informe Rettig, tuve que ir a dar declaraciones. No sé por qué creí que eso iba de la mano de una investigación judicial, pero no, resulta que pasaron los años y no supimos nada. Ahí entendí que el Informe Rettig no es más ni menos que un listado de personas desaparecidas y ejecutadas” (Alejandra Parra)<sup>26</sup>, o bien: “Imagínate la decepción: los milicos entregando detalles que no eran ciertos [...] Que hayan jugado con eso, que hayan mentido así, descaradamente, en esa farsa que fue la Mesa de Diálogo” (Lincoyán Berríos).<sup>27</sup>

Anota lúcidamente J. Ruiz Tagle el efecto de aquella paradoja según la cual los Informes Rettig y Valech le otorgaron un “final anticipado”<sup>28</sup> a las historias todavía pendientes (inconclusas) de las víctimas de la dictadura:

Tras el retorno a la democracia, esos *relatos de vida* se clausuraron y al ser recogidos en los Informes Rettig y Valech se transformaron en *relatos de muerte*. Se recortó el tormento de la trama vital en la que estaban insertos, *volviendo a las historias terroríficamente semejantes unas a otras*. Sin sabiduría ni valor, sin fuerza ni propósito, sin política o deseos de futuro, solo daño, tortura y muerte.<sup>29</sup>

---

<sup>26</sup> *Ibid.* p. 257.

<sup>27</sup> *Ibid.* p. 153.

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 17.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 17. Las cursivas son mías.

Es como si la consignación de datos por vía burocrática que *objetivó* la información destinada al reconocimiento oficial de los casos de violaciones de derechos humanos a cargo de los organismos correspondientes hubiese tenido como inevitable reverso la *de-subjetivación* del recuerdo, debido a cómo el volumen y la textura experiencial de cada voz testimonial fueron sustituidos por la sequedad de una cifra suficientemente neutral como para ser tramitada administrativamente. El ejercicio recolector de testimonios de J. Ruiz Tagle se propone corregir la neutralidad objetivante del lenguaje de los Informes que vuelve reductible (intercambiable) lo único y singular de las historias subjetivas de cada una y cada uno,<sup>30</sup> restituyendo en el libro los mundos vitales que aún vibran en el recuerdo de quienes siguen habitando una comunidad de la memoria repleta de “habilidades, valores y saberes específicos”<sup>31</sup> que no merecen quedarse archivados en listados de casos o bien sepultados institucionalmente bajo el peso muerto de una placa o un monumento.

Si J. Ruiz-Tagle siempre supo de la importancia ética de este rescate de las memorias valorables de la izquierda socialista, ¿por qué se demoró tanto en publicar un libro cuyos materiales estaban ya listos desde hace varios años atrás? La curiosidad de los lectores se abre en torno al por qué de la demora de la autora en encontrar el momento justo –adecuado– para hacer públicos estos restos de memoria biográfica, política y social que testimonian de la violencia destructiva del golpe militar de 1973. Cuando Josefa cumplió veintiséis años, la edad que tenía su padre, Eugenio Ruiz-Tagle al morir ejecutado en 1973 en Antofagasta como una de las 14 víctimas de la Caravana de la muerte, decidió:

[...] tomar notas sobre el impacto que tuvo en mi vida y la de mi familia la violencia en la historia reciente de nuestro país. Una vez terminado el texto, no se

---

<sup>30</sup> Dice J. Ruiz-Tagle: “Durante los diez y siete años que duró la dictadura, crecieron en la sombra enclaves de resistencia, cuidado mutuo y resguardo de la memoria. Alrededor de ella se articularon historias heroicas que incluían el tiempo mítico anterior al desastre, aventuras colectivas, organización política y amores, la violencia política eran elementos centrales, pero también la resistencia. Y la derrota no era definitiva, existía la posibilidad de un futuro de justicia y socialismo”. *Ibid.*, p. 16

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 21.

lo mostré a nadie durante dos años, hasta que recientemente decidí que fuera leído hoy, en este homenaje organizado por sus amigos. Desde ese verano de 1999 las cosas han cambiado un poco. La detención de Pinochet en Londres gatilló una avalancha de querellas en los tribunales chilenos y la adopción de una fórmula en los medios de comunicación para tratar “el tema de los derechos humanos”. El silencio del que habla el texto ya no es el mismo, es otro.<sup>32</sup>

Al decir que el silencio en torno a las violaciones de los derechos humanos pasó a ser “otro” en Chile, J. Ruiz-Tagle se refiere a que la retórica oficial de la moderación y la resignación que, en los primeros años de la transición, censuró los clamores de la memoria disconforme para no afectar con ellos la pragmática del acuerdo político-institucional de una democracia vigilada, se vio luego infringida en sus protocolos gubernamentales por algunas salidas de libreto (la captura internacional de Pinochet en Londres en 2018) y algunos acontecimientos mediáticos (la conmemoración de los 40 años del golpe militar y su difusión de las “imágenes prohibidas”).<sup>33</sup> Pese a estas repentinas aperturas del discurso de la memoria sobre las violaciones de los derechos humanos que fueron generando en su momento condiciones de recepción más favorables para el giro testimonial condensado en su libro, J. Ruiz-Tagle siguió manteniendo bajo reserva el material trabajado por ella que “estuvo casi cinco años guardado en un cajón”.<sup>34</sup> Así lo explica la autora:

[...] el retraso en publicar se debe a que, a pesar de que mi voz no está explícita en estos monólogos, en sus imágenes e intersticios está escrita mi propia historia, todo se siente personal y el instinto es protegerlo de la mirada pública. O tal vez porque esperaba que se cumplieran cincuenta años del golpe y aprovechar

---

<sup>32</sup> Ese fragmento pertenece al texto de J. Ruiz-Tagle “La imaginación herida” que leyó en 1999 en el homenaje a Eugenio Ruiz-Tagle. *Ibid.*, p. 319.

<sup>33</sup> Este fue el título de un programa de Chilevisión (“Chile: las imágenes prohibidas”) que se exhibió en septiembre 2013 y cuyos materiales de archivo -varios de ellos hasta entonces ocultos- generaron en la ciudadanía un alto impacto mediático medido en términos de *rating* televisivo.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 23.

ese momento para llegar a más lectores. Lo más probable es que haya sido, paradójicamente, ambas cosas.<sup>35</sup>

Junto con la oscilación entre el deseo de permanecer oculta en el refugio protector de lo privado o bien la motivación del exponerse al umbral de lo público que mantuvo durante varios años dubitativa a la autora, estaba la expectación por la conmemoración de los cincuenta años del golpe de Estado de 1973 que J. Ruiz-Tagle había previsto como momento finalmente propicio para la publicación largamente demorada de su libro. Septiembre de 2023 debía ser el mes en el que se iba a lanzar este libro, pero un nuevo diferimiento de fecha postergó su presentación hasta después del hito conmemorativo marcado oficialmente en el calendario. El destiempo y los contratiempos accidentaron el trayecto editorial de este libro cuya circulación pública debió enfrentar este nuevo desfase de fechas. ¿Cómo repercute este *fuera-de-tiempo* en el vínculo entre memoria y actualidad que busca movilizar el libro de J. Ruiz-Tagle?

Septiembre de 2023 nos forzó a asistir al fracaso de los (inocentes) llamados oficialistas a la consensualidad de un pacto de la memoria que condenara, incondicionalmente, los crímenes de la dictadura. Septiembre de 2023 pulverizó, además, toda esperanza de que continuaran rompiéndose de a poco las capas de silencio en torno a la memoria, para avanzar más decisivamente en el atrasado cumplimiento de la justicia en materia de derechos humanos en Chile. Septiembre de 2023 nos enseñó, drásticamente, que la memoria no está nunca a salvo de sufrir retrocesos tan aterradores como aquellos que hoy promueve la maquinaria neofascista con su voluntad enfurecida de desterrar el recuerdo del pasado dictatorial que mantiene unidas entre sí a las víctimas del terrorismo de Estado. Septiembre de 2023 fue el triste escenario de cómo la comunidad de la memoria enlutada de las víctimas de la dictadura (la que recopila fragmentariamente este libro) fue impedida por la derecha y la ultraderecha de recordar a sus muertos, tal como lo reclama dignamente Rodrigo Karmy:

---

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 24.

Fascismo sería la definición de *la guerra contra nuestros muertos* bajo cuya violencia se borran de la historia para limpiar los territorios [...] Higienizar el planeta de los muertos, execrar cualquier referencia a ellos, expulsar del horizonte las luchas del pasado y administrarlas, sosegarlas, domesticarlas es la función global del fascismo...Por eso, nuestros muertos son la pieza clave que habremos de cuidar [...] La memoria aquí entrevista es sensible, no inerte pieza de museo como pretende el fascismo en cualquiera de sus formas. Porta el resto de vida que nuestros muertos dejaron y que no fue aplastada ni desaparecida.<sup>36</sup>

Tomando en cuenta la virulenta repinochetización del país que desencadenó el Rechazo, del que se apropiaron sectariamente la derecha y la ultraderecha después del plebiscito de septiembre de 2022, tendría razón J. Ruiz-Tagle en decir:

Se cumplen cincuenta años *desde* el golpe, *desde* el asesinato de mi padre, *desde* el año en que nací, *desde* que Chile se convirtiera en el río de sangre que atraviesa las páginas de este libro. O bien "se cumplen cincuenta años *del* golpe", que es la fórmula que prima en los discursos oficiales y los medios de comunicación, y que yo también prefiero, porque implica que el golpe de alguna manera permanece, *no es algo que pasó sino que sigue pasando*, con lo que compartimos nuestras vidas.<sup>37</sup>

El intolerable septiembre de 2023 que debimos soportar sería la prueba viviente de que "el golpe de alguna manera permanece",<sup>38</sup> desde ya entre quienes defienden hoy con renovado fanatismo "republicano" su implacable voluntad de castigo contra todo intento colectivo de querer movilizar pasiones políticas que revitalicen las fuerzas

---

<sup>36</sup> Karmy, Rodrigo. "La guerra contra nuestros muertos", *La voz de los que sobran*, 23 de septiembre de 2023.

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 25. Las cursivas son mías.

<sup>38</sup> Ver: "Conversaciones en torno a la sociedad del golpe", en la que Alejandra Castillo, Willy Thayer y Rodrigo Karmy repasan la pregunta sobre "¿En qué momento del golpe militar se pasa a la sociedad del golpe" (A. Castillo). *Ficción de la razón*, 2023.

sociales tal como ocurrió con la Unidad Popular y, de modo distinto, con la revuelta de octubre de 2019. Pero no solo padecemos el clima de hostilidad de este maldito septiembre de 2023 que, desde la derecha y la ultraderecha, tuvo como objetivo principal atentar contra el legado de la memoria de la izquierda. Fuimos testigos también de la anodina cita con la historia que, en los actos y discursos del gobierno, tuvo carácter de acto fallido. El hecho de que haya quedado a la vista la insustancialidad de los gestos conmemorativos de este septiembre de 2023 (a cincuenta años del Golpe de Estado) nos permite apreciar mejor cómo los fragmentos biográficos contenidos en este libro de J. Ruiz-Tagle no son conciliables con ningún oficialismo de la memoria. Solo les cabe el registro de la “inadecuación”<sup>39</sup> porque la memoria como tormento y rasgadura nunca va a calzar con un presente expuesto o dispuesto institucionalmente. Ninguna memoria atormentada se pliega adecuadamente a lo que buscan acomodar las narrativas que pretenden en-marcar el pasado como si se tratara de una secuencia alistada de hechos ya concluidos y resueltos en base a un acuerdo de falsa civilidad. La “inadecuación” es la forma en la que estallan los repertorios de aquella memoria que no quiere dejarse aquietar por los formulismos conciliadores de un recuerdo histórico indolente o negligente.

Quizás sea porque nuestro septiembre de 2023 fue tan brutal en sus rencores y aversiones y tan constreñido en sus retóricas oficiales, que resulta preciso el gesto de J. Ruiz-Tagle de darle vida –un mes después– a estos fragmentos de biografías de detenidos-desaparecidos y ejecutados políticos que, sin esta publicación editorial, seguirían a la deriva. El arruinamiento de la memoria causado por este lamentable septiembre de 2023 nos hizo palpar de cerca la voluntad de devastación de la historia ejercida por quienes buscan liquidar cualquier vínculo de afectividad que una entre sí a los miembros de la comunidad de la memoria. En el título del libro de J. Ruiz-Tagle, el “no dijeron muerte” tenía la connotación perversa de cómo la dictadura quiso lastimar aún más a los familiares de las víctimas, ocultándoles la certificación de un final a partir del cual elaborar el duelo. Hoy, después de este deplorable septiembre 2023, nos corresponde revertir la intencionalidad de esta cita cruel ya que depende de que nunca

---

<sup>39</sup> Dice J. Ruiz-Tagle: “Si parece este un lugar inadecuado, presento mis motivos para pensar que no lo es tanto: ningún lugar es adecuado. La inadecuación es un lugar central de este relato”. *Ibid.*, p. 327.

digamos “muerte” a lo que perdura de los recuerdos de las víctimas, para que la performatividad social de la memoria impida que estos testimonios del pasado se vuelvan letra muerta.